



ZAPATILLAS

Juan Carlos Sánchez-Marín

© Juan Carlos Sánchez-Marín
Mayo de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

Zapatillas

Horacio. Así se llamaba aquel tipo. En realidad quería que le llamaran Oracio, decía que sonaba menos pomposo pero yo, la verdad, nunca noté la diferencia.

La complejidad de su persona era directamente proporcional a su mal carácter. Contra más enfadado estaba más raro era. Oracio (respetaremos sus peticiones sobre el nombre) vivía en la calle y, aunque a nuestros padres no les gustaba que andáramos con él, a todos los niños del pueblo nos fascinaban sus historias. Las noches de verano era capaz, si estaba inspirado y de buen humor, de explicar unas veinte interesantes.

Oracio me contó esta historia. Él decía que ocurrió de verdad. Ustedes juzgaran hasta que punto se la creen. Yo, desde luego, me la creo; primero porque me ayudó a comprender algunos sentimientos humanos y segundo por complacer a aquel vagabundo borracho y parlanchín.

Las zapatillas del pequeño Dionisio

Dionisio calzaba un 47. Era un pie exagerado para un niño de diez años. Exageradísimo. No había calzado infantil para él así que tenía que colocar sus “pieses” en el interior de zapatos de adulto. El contraste de su indumentaria era, cuanto menos, divertido pues la ropa de niño, con pantalones cortos incluidos, nunca se ha llevado bien con zapatos que no fueran infantiles.

Dionisito salía de casa lo menos que podía porque hasta el cura del pueblo no dudaba en hacer algún chiste sobre su persona, o para ser más exactos, sobre sus pies. Como no salía se entretenía con su madre jugando al ajedrez. Al menos agudizaba el ingenio. Calzaba unas viejas zapatillas que le dejó en herencia su difunto padre que calzaba el mismo número. De tal palo tal astilla.

Aquellas zapatillas eran las mejores amigas de Dionisio; para él eran sus únicas amigas. Su padre, antes de morir, le dijo que el mejor amigo de uno es aquel que te sigue a todas partes. Dionisito corría por la casa para intentar “despistar” a sus zapatillas pero éstas seguían incrustadas a sus descomunales extremidades. De esta forma, el crío no podía pensar otra cosa que le seguirían allá donde él fuera y que por lo tanto debía considerarlas como sus mejores amigas. Su cariño era tal que dormía abrazado a ellas y el olor nauseabundo que desprendían había impregnado todo su cuerpo hasta el más alejado pedazo de piel. Acercarse a pocos metros del niño era prácticamente imposible si no se hacía con la nariz tapada o constipado.

Un verano, justo cuando Dionisito era más feliz pues no tenía que ir a la escuela ni afrontar las burlas de sus compañeros y podía pasar más tiempo junto a sus zapatillas, su madre decidió que irían a pasar unos días a Bilbao donde vivían unos parientes cercanos. Imagínense la escena: Dionisio paseando por la ciudad vasca con sus grandes pies sembrando el terror cual “Godzilla” japonés (y además en zapatillas) justo cuando una enorme “kortina” de agua (es Kortina y no cortina porque la lluvia en Bilbao también es vasca) empieza a caer con suma violencia sobre él. Al empezar a correr para resguardarse, las viejas zapatillas no resistieron la embestida y la humedad hizo que, literalmente, se desintegraran en un charco dejando desnudos los pies de Dionisio sin paraguas para protegerse. Como cogió frío, y debido a las dimensiones de sus pies cogió muuuuuchooo frío, el chavalín enfermó y tuvieron que volver al pueblo inmediatamente.

Dionisio no levantó cabeza. Era algo más importante que una pulmonía. Había perdido a sus mejores amigas. Los intentos de su madre de sustituirlas por juguetes u otros modelos de calzado que le prestó un jugador de Baloncesto que vivía en el pueblo fueron infructuosos. Vinieron doctores de diversa índole, categoría y procedencia para realizar diagnósticos de lo más variopinto sin dar ninguno en el quid de la cuestión. La depresión de Dionisio era galopante y le duró tres largos años durante los cuales permaneció en cama sin tocar sus plantas el suelo firme, que, por otro lado, era más firme desde que el niño no se apoyaba en él.

Comenzó a volverse huraño con su madre preso de la rabia por la soledad que sentía y un día de Agosto (tres veranos después del incidente) se levantó de la cama por fin, abrió la ventana y bramó con todas sus fuerzas:

¡Quiieeeerooo amiiiiigooooos!

Emitió un grito desesperado pero nadie quiso ser su amigo. Es más; tuvo que comprarse otras zapatillas diez años después y tras la muerte de su madre porque ahora si que no podía hablar con nadie. Al principio le costó entablar conversación con sus nuevas compañeras, pero al ver que se mostraban receptivas y también le seguían donde quiera que iba les comenzó a coger cariño hasta que salió al fin a la calle orgulloso de mostrar a quien no había querido ayudarle que ya contaba con dos nuevas amigas.

Partió a la ciudad y asesorado por las zapatillas, expertas en el tema, montó una zapatería. Oracio afirma que Dionisio ya ha superado sus temores.

ZAPATILLAS

Juan Carlos Sánchez-Marín

Supongo que todo el mundo necesita tener asidero cuando tiene problemas y complejos. Supongo. Aunque sean zapatillas. No importa que forma adopte ese asidero mientras te haga un poquito, solo un poquito, más feliz.

FIN